

Romano, Ruggiero. *Mecanismo y elementos del sistema económico colonial americano, siglos XVI-XVIII*. México: Fondo de Cultura Económica/Fideicomiso Historia de las Américas, 2004. 480 páginas.

Heraclio Bonilla

Universidad Nacional de Colombia

Antes de dejarnos a comienzos del año 2002, Ruggiero Romano el notable americanista italiano, pudo concluir la redacción de *Mecanismo y elementos del sistema económico*, publicado dos años más tarde por el consorcio Colegio de México/Fondo de Cultura Económica. Se trata, para decirlo rápidamente, de un libro fundamental porque presenta de manera clara y contundente lo esencial de las propuestas que formulara desde 1961 sobre la naturaleza del sistema colonial, a la vez que elabora una agenda detallada de lo que aún queda por hacer para profundizar y ampliar la frontera de este conocimiento sobre la Hispanoamérica colonial.

En el gran desarrollo alcanzado por la historiografía económica sobre la América Latina desde la década de los 70 del siglo pasado, existen dos proposiciones opuestas sobre la naturaleza del sistema colonial. La primera enfatiza el papel fundamental del mercado y de los circuitos mercantiles como nexos de articulación del sistema colonial, y cuya formulación más explícita puede encontrarse en los trabajos de Carlos Sempat Assadourian, profesor del Colegio de México. La segunda, por el contrario, subraya el papel central de la economía natural, dominante pero no separada de la economía monetaria, como fundamento de la racionalidad económica del sistema colonial, y cuyo autor más reconocido es precisamente Ruggiero Romano, profesor durante décadas de la VI sección de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París.

“La actividad económica –productiva o comercial, agrícola, minera o industrial– (escribe Romano) supone la presencia de determinados instrumentos: moneda, letras de cambio, crédito, seguros, bancos. Con la ayuda de dichas herramientas los comerciantes y productores pueden llevar a cabo sus actividades de manera más fácil y expedita. Pero éstas constituyen además una señal, pues su mayor o menor incidencia refleja las características de la realidad del espacio económico estudiado. Por otra parte, la funcionalidad de los instrumentos puede medirse por la actividad que estos impulsan a través de tales señales como por ejemplo los precios, las entradas fiscales o los diezmos”(p. 343) Todo el libro que aquí se comenta, y cuya organización está bien reflejada en el párrafo citado, (de)muestra que esos instrumentos tuvieron nula o escasa incidencia, como lo revelan las series de precios, entradas fiscales y diezmos, de modo tal que la explicación del funcionamiento de la economía colonial requiere coordenadas distintas a las de la economía monetaria.

Como escribe Zacarias Moutoukias en su contribución al libro en homenaje a Ruggiero Romano: “la escasez y las distintas calidades de la moneda, el uso de pseudomonedas, los intercambios directos de producto y las monedas de la tierra, por un lado; y por el otro, las obligaciones tributarias y distintas formas coactivas de acceso de trabajo, componen una matriz de dispositivos sociales que organizan una diversidad de racionalidades y estrategias. Estrategias de supremacía y acumulación de rentas por un lado, y de adaptación, resistencia o construcción de un espacio de autonomía o de simple supervivencia, por el otro. Ahora bien, aun cuando estas últimas (las de supervivencia) o las primeras (las de acumulación de rentas), recurran al mercado o impongan la libre contratación, son esos dispositivos basados en la escasez monetaria y en la coacción los que definen las reglas de juego que organizan las transacciones”.¹ Pero este peso decisivo del sector natural, no hubiera sido posible sin el control de un poder político-administrativo, “el que reduce a cero (o a casi cero) el margen de negociación de quienes no forman parte del círculo de los “poderosos”(p. 419-420)

De la agenda que Romano propone para las futuras investigaciones, quisiera subrayar sólo tres de ellas por su especial pertinencia. La primera hace parte del capítulo IV de su libro, y concierne a las industrias de transformación de los recursos naturales, como las “artes del fuego”, las que procesan los derivados “industriales” de la agricultura y de la ganadería, las de naves, carros, carrozas, y las dedicadas a la construcción, y sobre las cuales el conocimiento es casi inexistente. La segunda concierne a las empresas campesinas, tanto las independientes como las agrupadas al interior de “comunidades”, o “resguardos”, y sobre las cuáles lo único que se conoce es que fueron reservorios de mano de obra para el reclutamiento de sus miembros a través de instituciones como la “mita”, pero nada más. Ni el impacto de ese reclutamiento coactivo, ni los mecanismos de funcionamiento de esas economías campesinas son áreas en las que el conocimiento haya avanzado. Finalmente, su invitación a una revisión crítica de los avances realizados en el conocimiento, así como en los paradigmas utilizados en su constitución son correctos. Aquella historiografía triunfante de la década de los setenta del siglo veinte estuvo basada en supuestos que requieren ser reconsiderados a la luz de los resultados de su propio crecimiento, y de las nuevas tensiones que confronta la teoría social.

Pero más allá de la argumentación extremadamente persuasiva que ofrece el libro de Romano, el lector lamenta la ausencia de una propuesta sobre los mecanismos que encendieron la chispa del crecimiento, particularmente en el México del siglo XVIII, en el contexto de una economía marcadamente natural. Si bien es cierto que los análisis de Romano constituyen un contundente desmentido

¹ Zacarias Moutoukias, “Romano y la historia económica latinoamericana”, *Construir la historia. Homenaje a Ruggiero Romano*, ed., Alejandro Tortolero (México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2002) 279-288.

a quienes asignan ese papel a la moneda o a los precios (cuya racionalidad en Hispanoamérica fue además opuesta a lo que prescribe la teoría) en su papel de desencadenantes, se requiere una reflexión mayor y más investigaciones para cubrir este vacío, porque la sugerencia de que ese crecimiento estuvo basado en el incremento de la población, y de su productividad por el añadido de fuentes exosomáticas, son claramente insuficientes. Pero este comentario final, en modo alguno disminuye el enorme valor de un libro dedicado al conocimiento de la América Latina, que resume muy bien la enseñanza de un gran maestro.